

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Helen Holmes

CUADERNO Nº 61

35 Cts.

EL PRÓXIMO CUADERNO

Larry Semón (Tomasín)

El cómico insuperable que comparte con
Charles Chaplín y Harold Lloyd el trono de
la gloria de los bufos de Yanquilandia

EN PREPARACIÓN

MIA MAY - E. LINCOLN - BEBÉ DANIELS
BRYANT BASHBURN



ESTÁ AGOTÁNDOSE EL

Almanaque de “Tras la Pantalla”

Para 1922

con innumerables grabados y abundante texto

De venta en Barcelona:
Bruch, 3 y Barbará, 15.-
En Madrid: Pretil de los
Consejos, 3, y en todos
los kioscos de España,
Portugal y Baleares

Precio: 65 cénts.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

HELEN HOLMES

POR

MARTÍN ROJAS

**HELEN HOLMES, LA REI-
NA DEL PELIGRO Y DE
LA INQUIETUD : : : : :**



n cinematografía, el nombre de Helen Holmes es una garantía de emoción y de peligro real.

Pocas artistas, muy contadas, artistas, aún de las que triunfan en ese género emocionante de las películas en episodios, han logrado rodearse de una aureola de valor y de agilidad tan innegable, tan indiscutible como la que rodea a Helen Holmes.

Y es que la artista de que nos ocupamos no se contenta con reproducir el peligro ante la cámara, no le basta con darnos la sensación de peligro real, al interpretar las escenas escalofrantes de sus películas. Llevada de su afición a lo peligroso, a lo emocionante, a todo lo audaz y todo lo temerario, ella quiere vivir el peligro, sentir en toda su intensidad esos momentos inquietantes en que la Muerte amenaza a la Vida.

Y por eso, nosotros, cuando sentimos en nuestros nervios la necesidad perentoria de recibir sobre ellas los latigazos de la emoción, vamos a ver los films de Helen Holmes, seguros de que allí encontraremos algo que nos haga saltar en el asiento.

Helen Holmes monta muy bien a caballo, trepa maravillosamente por los peñascos y hasta por las paredes de las casas, salta con una agilidad asombrosa.

Pero a nosotros, cuando más nos gusta, cuando más nos encanta, cuando más nos asombra es en las escenas de ferrocarriles.

En esas escenas, el rostro de Helen expresa una satisfacción sin límites, como si la artista gozara lo indecible al interpretar aquellas escenas, como si se hallase en su elemento corriendo el peligro de los choques y de los descarrilamientos.

Conoce a la perfección todo el engranaje de esa gran máquina que es una estación de ferrocarril.

Todos los instrumentos, desde el telégrafo, las palancas de cambio de vía le son familiares, y entre ellos se mueve alegremente, haciendo sentir a los espectadores de esas películas en que ella es protagonista todo el optimismo sano de sus risas, que son como gritos de guerra llamando al peligro.

Como esos gritos fantásticos de los pieles-rojas cuando presienten la llegada del enemigo.

¿No habéis sentido nunca un escalofrío al contemplar a Helen subida a una vagoneta que marcha por la vía a toda velocidad, mientras un tren expreso avanza por la misma vía en dirección contraria?

Un segundo de vacilación, y de la artista no quedarían más que unas cuantas astillas y un charco de sangre que iría a manchar las hierbas que crecen al lado de los rieles.

Pero Helen tiene una gran seguridad en sí misma, en su práctica, en su serenidad, y con un salto pasmoso se arroja de la vagoneta y cambia la vía, en el preciso momento que el exprés, como un monstruo prehistórico, se arroja por el nuevo camino que acaban de abrir en él unas manos audaces de mujer.

Este es el encanto supremo que tienen esas películas de ferrocarriles en que la Holmes toma parte desempeñando el papel principal.

Es un encanto acre y picante, que nos obliga a cerrar los ojos en un segundo de angustia, cuando ella da esos saltos de vértigo en que la vemos caer destrozada bajo las ruedas fragorosas de la locomotora.

Siempre que evocamos la figura simpática de Helen Holmes, por una asociación de ideas acude a nuestra memoria la manufactura Kalem, donde la artista interpretó muchas películas cortas — de uno o dos rollos — con escenas de ferrocarriles.

Estas películas nos entusiasman. En ellas, más que en las series, sorprendemos esos rasgos de audacia y de valor característicos de la intrépida actriz.

Son pequeños dramas, fuertes y emocionantes como esos *guignoles* modernos, en los que Helen se nos aparece casi siempre como la telegrafista de una estación de poco tránsito, pero por la que indefectiblemente, pasa el exprés.

De pronto, Helen recibe un aviso urgente: unos vagones se han separado del resto del convoy y marchan a toda velocidad por una pendiente; unos bandides penetran en el furgón de carga...

Helen, entonces, monta a caballo, galopa con la seguridad y la gallardía de una perfecta amazona, y, o bien de un salto prodigioso se encarama a uno de los vagones y frena, para evitar una catástrofe, o bien penetra en el furgón donde se encuentran los bandodios y una lucha brutal tiene lugar sobre el tren en marcha.

Como son tan cortas, estas películas no amenazan jamás con el cansancio ni la sucesión de escenas repetidas, de truco idéntico, como ocurre en las películas de episodios.

Y se ven siempre con agrado, porque al atractivo de la emoción unen el atractivo de la brevedad.

Lástima grande que en la actualidad no se hagan ediciones nuevas de estas películas de la Holmes.

Como artista, en el sentido del arte puro, del gesto, de la expresión del ademán, Helen no pasa de ser una mediocridad.

Un periódico nos dice lo siguiente hablando de la artista famosa.

«Helen Holmes no fué artista de teatro ni soñó jamás con ser actriz cinematográfica :

Su educación, sólida, pero desperdiciada por su constante vivir en medio de aquel ambiente selvático, donde transcurrió su infancia y su juventud, nunca le permitió alimentar esos sueños.

Fué la casualidad quien la llevó al écran y fueron sus proezas las que la elevaron rápidamente en el difícil arte de las series, que requiere, para sobresalir, una audacia, una agilidad y un valor extraordinarios».

En otro lugar, el mismo periódico nos presenta la figura de Helen Holmes en la siguiente forma :

«¿Conocen ustedes a Helen Holmes, una de las representaciones más genuínas de la película americana en episodios?

Sí ; seguramente la conocen ustedes.

Seguramente su trabajo les habrá cautivado unas veces y otras veces les habrá hecho un poco de daño, cual si con un látigo flagelasen vuestros nervios.

Es que Helen Holmes es así.

Raras veces la encontramos tranquila sobre el lienzo y cuando eso sucede, nos agrada por su sencillez y su naturalidad.

Y apreciamos más esos momentos de paz, porque son como remansos en medio de su trabajo turbulento.

Helen Holmes ha nacido para saltar, para correr, para montar a caballo, para vencer a los hombres en formidables luchas a puñetazos.

Es una labor de vértigo la que la actriz desarrolla sobre el écran ; una labor que mantiene suspenso nuestro ánimo mientras vemos moverse ante nosotros, en la obscuridad de la sala, aquella figura que parece llevar azogue en las venas».

Este y no otro es el mérito principalísimo de Helen Holmes en su labor en las películas.

Y con esto le basta para triunfar.

Las películas de series, un arte muy moderno y muy dinámico no

requiere en su interpretación ni grandes genialidades artísticas ni gestos supremamente trágicos.

Necesita sólo audacia, mucha audacia, y agilidad, mucha agilidad.

Y de estas cualidades tiene Helen Holmes para usar y para repartir.

**HELEN HOLMES INTER-
VIUVADA POR UN PERIO-
DISTA AMERICANO :: LAS
CONFESIONES DE LA IN-
TRÉPIDA ACTRIZ : : : :**

Un periódico de Los Angeles publica la siguiente interviú con la intrépida actriz, que reproducimos a guisa de presentación de la estrella.

«La famosa Helen, la mujer sin miedo, como la conocen sus admiradores, conversó hace días conmigo, con ocasión de una furtiva visita que hice a Nueva York.

Ligera conversación, en verdad, que casi no da a asunto para una de esas charlas reporteriles que publicamos cada semana, pero que no por eso deja de ser altamente interesante.

Helen Holmes, según me dice, no piensa dejar las series, que es el género de películas que más le agrada.

Sólo siente una cosa... Estar ausente hace mucho tiempo de los bosques de Utah, donde transcurrió su infancia y parte de su juventud.

— Hace dos años, me dice, que no voy a «Woodline House», pero ahora supongo que poco me falta ya.

— ¿Tiene deseos de volver a su antiguo hogar?

— ¡Oh, sí! Esa vieja casa está llena de encantadores recuerdos para mí.

— ¿Por qué se hizo entonces artista de cine?

— Fué casi sin darme cuenta. Si me lo hubiesen contado no lo creería...

— A ver. Explíquese usted.

— Fué del siguiente modo. Yo había ido a Los Angeles para gozar un poco de las delicias de la civilización, después de una estancia de dieciocho interminables meses en el Utah. Allí me encontré a Mabel Normand, mi amiga de otros años...

— ¿Tenían ustedes mucha amistad?

— Mucha. Ella, tanto hizo, que me persuadió a acompañarla a los estudios de la Keystone para ver hacer una película. Fuí. Y cuando salí, llevaba un contrato en la mano.

— ¿Cómo fué ello?



Helen Holmes

Caricatura de Stres

— Me pareció todo aquello tan gracioso, que, influida por el ambiente, quise yo hacer una gracia también y solicité un contrato. No recuerdo muy bien mis impresiones en aquel tiempo que actué en la Keystone como «estrella» de poca categoría. Sólo puedo decirle que me infundía un miedo loco el público, ese monstruo de mil cabezas.

— ¿Entonces usted nunca había trabajado en el teatro?

— Jamás trabajé como actriz. Yo era una muchacha del campo. He pasado mi niñez en un pintoresco rancho que mis padres poseían en el Estado de Utah. De ahí nació mi adoración por las montañas y los bosques, pues allí era mi mayor placer hacer con mis amigos excursiones por aquellos lugares deliciosos.

— ¿Pero su especialidad no es el género cow-boyesco?...

— Es que mi padre era director de tráfico de la compañía ferroviarias Chicago-Eastern-Illinois.

— ¿Y por eso prefiere las escenas de ferrocarriles?

— Exactamente. Oía contar todos los días historias en que los trenes jugaban el importante papel de protagonistas. Me aficioné tanto a ellas, que acabé por tener el enorme deseo de vivirlas.

— ¿Y lo logró pronto?

— No tardé mucho. Cuando J. P. Mac Gowau fué al Oeste para organizar la manufactura Kalem y me contrató, entendí que había hallado la mejor oportunidad para llevar a la práctica mis deseos. Desde entonces me especialicé en esa clase de trabajos, y ya llevo varios años interpretando películas de trenes ante la cámara.

— Con mucho éxito, en verdad, a pesar del peligro que corrió usted al interpretar esas películas.

— Nunca conocí el miedo. Amo el peligro y me siento completamente feliz cuando la película me proporciona la ocasión de desafiarlo con frecuencia. Desde niña hice proezas con los trenes, a pesar de las reprimendas de mi padre.

— Cuénteme usted alguna.

— Una vez estuve a punto de morir y debo la vida a un guarda-agujas llamado Fred Jones.. Yo había trepado a un vagón y me senté juntamente sobre el parachoques, inconsciente del peligro que corría. En esto, una locomotora marchó hacia mí, para ligarse al vagón donde yo me encontraba. Era cosa, simplemente, de morir aplastada como una hoja de papel, pero el buen Jones acudió a tiempo, abriendo la llave de la otra línea, por la que entró rugiendo la máquina.

— ¿Y ahora se sigue usted exponiendo a nuevos peligros, sin ningún Fred Jones que vele por usted?...

— Sí. Parece que en efecto me juego la vida, porque no encuentro, ni por casualidad, una compañía de seguros que quiera asegurarme.

— Sin embargo, no le hace mucha falta el seguro...

— Por ahora voy salvando la piel. Un día yo estaba nerviosa en extremo y debía saltar de un automóvil a un tren que marchaba a

toda velocidad. Leo Maldney, que trabajaba conmigo, me aconsejó que no me arriesgase a dar aquel salto peligrosísimo, pero yo me empeñé en darlo. Él era el que debía saltar primeramente, y lo hizo con la mayor felicidad. Cuando me tocó la vez, me falseó un pie y allí hubiese muerto si Maldney no me agarrase y no consiguiese, agarrándose con una mano al pasamanos del tren, sujetarme con la otra hasta colocarme en el estribo del vagón. Pero como éste, tengo pasados muchos malos tragos, de los que he escapado milagrosamente.

— ¿Y nunca se ha desanimado?

— Al contrario... El contacto con el peligro es una necesidad perentoria para mí, amigo mío, y cuanto más difíciles y peligrosas son las escenas que he de interpretar, más contenta voy al trabajo.

— ¿Desde niña amó siempre el peligro?

— Cuando yo era niña, mi mayor deseo era ser maquinista de ferrocarril, y tan en serio tomaba mi deseo, que hasta me enamoré perdidamente de un muchacho que lo era, llamado Ricardo, pero a quien yo familiarmente nombraba Dicky. Era un buen mozo, alto, fuerte, y que me quería mucho. En aquel tiempo Dicky representaba para mí la quinta esencia del ideal masculino, y conducía la máquina 2014 de la línea Chicago-Eastern-Illinois, mejor que nadie.

— ¿Fué su primer amor?

— Sí. Me acuerdo que sufrí mucho cuando supe que había muerto en un terrible choque en el que se perdieron muchas vidas. La culpa no fué de él, sino de la equivocación de un guarda-agujas de la estación Rannock-Wood. ¡Pobre Dicky! Aprendí con él a conducir una locomotora y si desempeño bien este cometido, a él sólo se lo debo.

Y dos lágrimas de recuerdo, de amor tal vez le asomaron a esos ojos suyos tan vivos y tan penetrantes, en los cuales brilla de ordinario la emoción del peligro.

Me despedí...

UNA DE LAS PRIMERAS
PELÍCULAS DE HELEN
HOLMES :: «EL CENTI-
NELA» :: :: :: :: :: :: :: ::

Antes de pasar adelante, queremos dar a conocer a nuestros lectores una de las películas interpretadas por Helen Holmes al principio de su carrera artística.

Se titula *El centinela* y su argumento es como sigue:

«Bárbara Benton vive con su padre en una cabaña situada en el corazón de la sierra californiana.

El viejo Benton recibe una grave herida en una riña, y su hija Bárbara le cuida asiduamente, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que le ha dado el médico.

Un día, Steve Rollins se presenta de improviso en la cabaña de Benton, y Bárbara le recibe con el rifle de su padre apuntando al estómago del intruso.

Más éste, lejos de intimidarse, trata de calmar a la muchacha con una sonora carcajada.

Steve es nada menos que el hijo del propietario del terreno donde vive la bella montañesa.

Disipada la sorpresa del primer momento, los dos jóvenes entran en una animada conversación.

Eduardo Morgan, el capataz de la vecina hacienda, que anda cortejando a Bárbara, sorprende a ésta con el desconocido, a quien saluda con estas o parecidas palabras:

— Los viajes parece que no le han servido a usted para nada, pues sigue siendo tan grosero como cuando era usted un niño.

A esta andanada, el extranjero replica con esta otra, la cual acentúa con la aguda punta de una navaja:

— El viejo Eduardo es el mismo de siempre. Tratando continuamente de asustar a la gente.

El mentado Eduardo, sin esperar mayores explicaciones, optó por marcharse, esperando para más tarde la oportunidad de demostrar, a Steve que era efectivamente «el mismo de siempre».

La oportunidad que buscaba Eduardo no tardó en presentarse, pues al día siguiente los dos rivales se encontraron en la taberna del lugar y continuaron a puñetazo limpio la «conversación» interrumpida el día anterior en la cabaña, con acompañamiento de los parroquianos del establecimiento tabernario.

Eteve pudo escapar con vida de las manos de sus numerosos adversarios, y se dirigió a la cabaña de su amada, para tranquilizarla y marcharse nuevamente en busca de Eduardo a quien quería encontrar solo.

En el interín, Eduardo llegó a la cabaña de Benton, pero al intentar el viejo arrojarlo de su casa, el indignado capataz le descerrajó un tiro en la cabeza, matándole instantáneamente.

Cuando el asesino trataba de arrojarle sobre la inerme y horrorizada joven, sonaron dos alabonazos en la puerta, que hicieron crujir las paredes de madera de la choza.

Steve logra forzar la puerta, y ciego de ira se lanza sobre Eduardo, al que mata después de una terrible pelea.

Cuando las autoridades llegaron al lugar de la tragedia y Steve y Bárbara les convencieron de que obraron en defensa propia mantando a aquel cobarde, el sherif y sus acompañantes volvieron a picar espuela a sus cabalgaduras y se alejaron rápidamente de la cabaña... dejando que los jóvenes se entregasen a las delicias de amor.



Helen Holmes y sus creaciones

LAS GRANDES ARTISTAS DE LAS SERIES



HELEN HOLMES en "La banda del Tigre"



Helen Holmes, en «La banda del Tigre»

**«VANIDAD», OTRA PRO-
DUCCIÓN DE LA ARTISTA
EXCEPCIONAL : : : : :**

Vanidad, el gran drama que Helen Holmes interpretó hace algunos años, nos ofrece material abundante en su argumento para hacer resaltar la labor admirable de la prodigiosa artista.

Tenemos interés en reproducir en estas páginas este argumento porque en él la linda Helen se nos presenta bajo un aspecto nuevo, en una modalidad completamente distinta de todas cuantas conocemos como sus características.

He aquí el argumento en cuestión :

«Al borde del abismo de la vanidad, al que tan a menudo se asoman los hombres ambiciosos, y en el cual tan frecuentes se hunden, viven Gerardo Harper y su esposa.

El único eslabón que une las vidas de estos dos antagonicos caracteres, es el irresistible deseo que tiene la esposa de oírse llamar la señora gobernadora, pues su marido aspira a este importante cargo, con grandes probabilidades de salir triunfaute en la reñida lucha electoral que se avecina.

Debido a que Diana Casper, una amiga de Carola Harper, tiene gran influencia cerca de Jarvis Flint, un político muy astuto de la capital, Gerardo logra persuadir a Diana de que es preciso cultivar las más íntimas relaciones con la influyente mujer, y aun se decide a aceptar su invitación para visitar a una pobre familia que vive en la mayor indigencia en unos de los barrios más miserables de la ciudad.

María Royal, la hija de la familia de referencia, parece estar hecha de una arcilla diferente a la de los seres que la rodean.

Cuando Gerardo, por indicación de Diana, visita a la referida familia, el futuro gobernador queda sorprendido de la ingenuidad y encantos naturales de aquella mujercita.

Desde aquel día la familia Royal recibe multitud de paquetes con ropas y otros efectos, que les manda el candidato a gobernador, invariablemente con un pequeño sobre escrito que contiene una carta para María.

Este cambio de afecciones toma con el tiempo un carácter tan firme, que los chismosos vecinos interpretan de manera bien distinta a la realidad, pues la comunión de aquellos dos corazones no puede ser más inocente.

Un día Gerardo visita la casa de sus protegidos, y acierta encontrar a la encantadora niña-mujer, como él cariñosamente la llama, vestida por primera vez con un traje largo.

Emocionado, Gerardo no puede resistir a la tentación de darle un beso, y enseguida, como si hubiera cometido un feo delito se aleja de la casa precipitadamente.

María interpreta aquel beso inocente como una promesa de matrimonio y se prepara para el gran acontecimiento.

Mientras tanto, Diana no ha cesado un sólo momento de ejercer toda su influencia cerca de Jarvis Flint para que apoye la candidatura de Gerardo.

Más disgustado aquél porque Diana no corresponde a sus insinuaciones amorosas rehusa condescender a sus peticiones.

Antes al contrario, le amenaza con hacer cuanto esté en su poder para arruinar al aspirante a gobernador.

Pero Diana se entera casualmente de las íntimas relaciones de Gerardo con María y aquella misma noche revela tan abominable secreto a Garret, íntimo amigo de Gerardo.

Por este medio, Diana intenta atraerse a Garret y arrancarle una promesa de matrimonio.

Su negativa significará la ruina de Gerardo a manos del implacable Flint.

Garret no se interesa, absolutamente por Diana, y con toda franqueza rechaza su proposición.

Desesperada, ciega de celos, Diana se dirige a casa de Flint, a quien se ofrece y le promete destruir las ambiciones de Gerardo.

No satisfecha todavía, Diana revela a Carola los amores secretos de su esposo con María.

Carola increpa duramente a Gerardo; más comprendiendo que el escándalo perjudicaría su propia ambición, hace esfuerzos inauditos para ahogar las lenguas de la calumnia que amenazan cebarse en su honor.

Garret, el íntimo amigo de Gerardo, se encarga de ir personalmente en busca de María por indicación de Carola, con el objeto de recogerla en su propia casa con el aparente propósito de hacer una obra de caridad.

María acompaña voluntariamente al emisario de Carola, pues la inocente chiquilla se imagina que Gerardo la manda buscar para cumplir su promesa de matrimonio.

Al saber que Gerardo es esposo de Carola, María no puede contener su pesar; pero acepta resignadamente el sacrificio que le impone para salvar el honor del hombre a quien tanto ama.

Más el malvado Flint consigue comunicarse con ella, y decepcionada y triste, la desventurada muchacha regresa a su humilde hogar.

Para redondear su nefasta obra, Flint trata de hacer efectiva por medio de la violencia, la promesa que Diana le hiciera en un arrebatado de desesperación y celos.

Diana se resiste valerosamente, más viendo que le comienzan a faltar las fuerzas, se dirige hacia una ventana para pedir auxilio; pero pierde el equilibrio y cae en el arroyo, de donde la recogen unos piadosos transeuntes.

Flint es arrestado como presunto autor del espeluznante crimen.

Garret, el amigo de Gerardo, vuelve en busca de María pero no por indicación de Carola, como la vez primera, sino de *motu proprio*, dispuesto a convertir en realidad los dulces sueños de la encantadora mujercita.»

ALREDEDOR DEL VIVIR
INQUIETO Y SELVÁTICO
DE HELEN HOLMES : : :

Nos hemos ocupado ya de Helen Holmes, desde el punto de vista artístico, para lo cual no hemos vacilado en publicar los argumentos de sus películas menos conocidas, suponiendo a todos los que leen enterados de su labor actual en las películas en episodios.

Vamos hablar ahora de la artista, pero alejada del ambiente falso de los estudios, en el dulce retiro de su intimidad.

Pero, en este aspecto, vamos a hablar de ella muy someramente. Helen Holmes es una mujer discreta, excesivamente discreta, tratándose de una artista de su fama, que gusta más de ocultar como en un santuario los secretitos deliciosos de su vida que en acudir a las páginas de los periódicos y revistas para suministrar al público unos datos biográficos, que por lo general no son sinceros.

Por eso, mientras la infancia de la actriz se nos aparece clara, con una claridad meridiana, al llegar a la juventud un velo se extiende sobre ella, nos la oculta, nos la escamotea por unos años, tal vez los más interesantes de su vida.

Como habrán visto nuestros lectores por la interviú anteriormente publicada, Helen Holmes nació en un pueblecito del Estado de Utah.

Era un pueblecito hundido entre montañas gigantescas, rodeado de bosques frondosos, cruzado por riachuelos alegres y cantarines.

Helen creció y se desarrolló en medio de esta naturaleza bravia, que era todos los días como un canto vigoroso de salud y alegría, un canto que se renovaba constantemente desde el amanecer hasta el crepúsculo.

Helen, en aquellos días de su infancia era feliz, totalmente feliz. Como un pájaro, como un animalito selvático, ella corría por los bosques, trepaba a los árboles, vadeaba los arroyos, montaba a caballo, bajaba a la estación y se encaramaba a los vagones.

En aquel escenario rudo de los bosques de Utah, ella era como una flor o una planta, como algo complementario del paisaje, que se enseñaba a los excursionistas como una cosa curiosa y genuina.

Y así vivió Helen algunos años.

Pero como todo se acaba en este mundo, un día su padre pensó que aquella muchacha iba camino de convertirse, con el tiempo, en un marimacho, y se asustó un poco.

Nosotros nos imaginamos los consejos de familia que por entonces se celebrarían en casa de los Holmes, y pensamos que serían un poco divertidos.

Aquellas buenas personas que formaban la familia se encandalizarían del porvenir que esperaba a Helen si seguía por aquellos caminos que hasta entonces había recorrido, siempre en contacto con los rudos hombres del campo o con los no menos rudos de los ferrocarriles, adquiriendo poco a poco sus costumbres y sus maneras, hasta parecer, en ocasiones, un muchacho disfrazado de mujer.

No ; aquello no podía durar.

Siguiendo así, Helen acabaría, con el correr de los años, siendo una amazona de circo o algo por el estilo.

Y ellos habían pensado educar a la muchacha para un destino modesto, telegrafista o empleada de comercio, sin soñar ni por un momento en que fuese a buscar la gloria por esos mundos de Dios.

De ahí que de aquellos consejos familiares saliera la decisión de que Helen abandonase la vida rural de aquel rincón de la tierra para trasladarse a una capital donde pudiera adquirir en breve tiempo los conocimientos necesarios para triunfar en la vida burguesa.

Y al poco tiempo, Helen Holmes partió para la ciudad de Los Angeles, dispuesta a olvidar su vida libre y alegre de los bosques de Utah.

EN LOS ANGELES : HELEN

HOLMES HACE CONOCI-

MIENTO CON MABEL NOR-

MAND : : : : : : : : :

Siguiendo las órdenes paternas, Helen Holmes entró en un importante colegio de Los Angeles, donde permaneció por espacio de algunos años, instruyéndose y perdiendo poco a poco aquel aire selvático que había adquirido en su existencia demasiado libre en los bosques de Utah.

Al principio, la linda Helen no podía acostumbrarse a aquella vida de sujeción y añoraba aquellos campos, aquellos montes, aquellas praderas por donde había corrido a su antojo en su infancia, y que ahora se le antojaban muy lejanas, como países que ya nunca más vería.



Helen Holmes

Dibujo de E. Astor

Y lloraba constantemente, encerrada en su dormitorio, y se negaba a estudiar y se le echaba encima el techo de su habitación.

Poco a poco, la vida del colegio, con sus lados agradables de las horas de recreo, fué influyendo en su espíritu, sosegando su temperamento bravío e indómito e inclinando su alma hacia nuevos goces, más espirituales, más femeninos que los que antes constituían su suprema alegría.

Algunos meses transcurrieron, no obstante, hasta que Helen pudo alternar dignamente con sus compañeras y escuchar con respeto a sus profesoras.

Y en aquellos duros meses de prueba, sus amiguitas la temían, porque ella gustaba de imponer su voluntad por la fuerza de sus puños, como lo hacía en su tierra natal.

Mabel Normand, encerrada en aquel mismo colegio, fué la amiga predilecta de Helen y la que años más tarde labró su porvenir enseñándole la senda fructuosa del cinematógrafo.

A pesar de sus vidas tan distintas, tan opuestas, las dos actrices cinematográficas se profesan un hondo cariño, y tal vez en el esplendor de sus existencias actuales echan de menos aquellos años risueños en que las dos juntas eran el terror del colegio, de aquel modesto pensionado de Los Angeles.

Varias veces, durante su permanencia en el colegio, volvió Helen Holmes a sus bosques umbríos, y nuevamente volvió a sentir la atracción del campo, que todavía en la actualidad domina a sus otros pensamientos y aficiones.

Pero ya no es la niña traviesa e indomable de otro tiempo. Hoy gusta del campo y de los ejercicios campestres, pero al modo de un deportista, sin aquella rusticidad tan encantadora, que la transformaba en una pequeña salvaje.

Los años pasados en el colegio, y la vida, con su experiencia, han enseñado mucho a la muchacha que asustaba un poco a sus padres con sus alardes varoniles.

Helen sigue amando todo lo violento, todo lo peligroso, todo lo dinámico, pero no ya por instinto, sino por refinamiento, buscando en todos esos momentos escalofriantes una emoción nueva.

Culta, muy culta, la actriz nos asombra a veces con ciertos destellos geniales, en los que se adivina la influencia de lecturas selectas, que han pulido su espíritu.



**UN ARTICULO DE LA
GRAN ARTISTA :: LA
«CLAUQUE» Y EL CINE :::**

Helen Holmes, además de artista arriesgada e intrépida es en ciertos momentos escritora fácil y atrayente, que posee el don sugestivo de la amenidad.

Para que nuestros lectores puedan apreciarla en este aspecto, reproducimos gustosos un artículo de la «estrella» aparecido en una importante revista de Nueva York, en la cual la Holmes nos muestra su opinión sobre una costumbre muy extendida en la cinematografía de América.

A continuación va el artículo referido, que lleva por título «La claque y el cine».

«Lo que no ha podido la prensa, con sesudas críticas o sangrientas sátiras; lo que no han logrado artistas y empresarios, en el curso de muchos años; lo que ha resistido a la evolución de las costumbres, de las modas y de las ideas, desafiando impunemente todo ataque, defendiéndose con sólo la vanidad de los histriones, ha sido vencido por el silencio.

¿Qué vale la «claque» en la cinematografía? La «claque» reglamentada, ya sean «claqueurs» o «alabarderos», la que atruena en las salas con aplausos q sisea impertinente, esa no vale maldita la cosa en los espectáculos del teatro mudo. Ahí no se glorifica ni se «revienta» a nadie. El público no toleraría que se distrajese su atención con unas palmadas; ni hay peligro de que las emociones puedan ser excitadas por otros medios que el del arte de los intérpretes o la acción directa del drama que se refleja en el lienzo, ya que, la sala a oscuras, lágrimas y sonrisas pasan perfectamente inadvertidas.

Pero admitido que se aplaudiese o silbase en los cines, ¿qué influencia inmediata tendrían, sobre los artistas, esas manifestaciones? Ojos que no ven... etc., etc.

Y, a fin de cuenta, los verdaderos sostenedores de la ruidosa y temible institución han sido siempre los actores destinados a aguantarse el chubasco de las buenas y de las malas, sin un paraguas protector...

La «claque», pues, ha encontrado, en los mismos elementos que le dieron vida, los artistas de teatro, la toxina que había de anularla. Para el actor del gesto, ya no hay quien se le suba a las barbas — es un decir, tratándose de gente que sólo las lleva postizas — ni que le tengan pendiente de un hilo, sobre la cabeza, una tempestad de silbidos que han sido la pesadilla de tantas, desde la Pacheca a la Bernhard, y de tantos, desde Molière a Zacconi. Por una vez, de la visión del intérprete se disocian los términos «gloria» y «altura» que

asoció el primer actor inteligente que al presentarse en escena miró a las localidades altas.

Es la venganza de la «claqué». Como en cierto episodio de «Las mil y una noches», el hado bueno que se tragaba al hado malo, convertido en fuego, la «claqué» muere consumiendo las entrañas del que lo venciera.

La «claqué» ha muerto para el cinematógrafo, dirán los dispensadores de gloria y derrotas, pero ¡viva la claqué!»

MARTIN ROJAS



ESTAMOS PREPARANDO LAS

Tapas Especiales

PARA ENCUADERNAR EL SEGUNDO VOLUMEN DE

TRAS LA PANTALLA

COMPRENDIDO DESDE EL N.º 32 AL 62 INCLUSIVE

NUESTRO BUZÓN

Tomás Toral. — León. — Mande 1'40 ptas. en sellos de correo por los 4 cuadernos que pide más 40 céntimos por el certificado y se los remitiremos.

J. Trullas. — Igualada. — Recibidas sus poesías que sentimos no poder publicarlas dada la índole de nuestra revista.

G. Cortés. — Madrid. — De las preguntas que nos dirige solamente sabemos que el principal interprete de «Julio César» es Amleto Novelli.

Teresa. — Logroño. — Quisieramos nos escribiera más a menudo para saborear el *metter* de sus agradabilísimas cartas. Otra vez da la suerte de que su opinión merezca nuestra más sincera conformidad, con todo y el aditamento de su sabrosa salsa particular. Pronto publicaremos las biografías por quien pregunta.

Dos Ferrolanas. — Madrid. — Para saber algo interesante y de actualidad respecto lo que piensa y hace Antonio Moreno les recomendamos la lectura de nuestro almanaque para 1922.

Ambere y Farroll. — Mollerusa. — Tenemos en cartera las biografías que indica. Fatty está procesado y en libertad bajo fianza hasta nueva constitución del tribunal que ha de fallar. De Clara Kimball no hay nada cierto de lo que Vds. dicen. De Ossí Oswald, hablamos largamente en su biografía que tenemos publicada. Repásenla.

Antonio Merino. — Albacete. — La receta para ser un buen actor de cine la hemos dada diferentes veces. Si siente Vd. necesidad de sacrificarse, estudie, porque de la casualidad no sale nada, más que aquello de la *flauta* sabe?

El Vampiro. — Olot. — ¿Vampiro o vampiresa? Yo paso con lo que Vd. quiera menos con lo de *bribón*. Desgraciadamente no puedo servirla porque ya *apareció aquello*, así es que me quedo en ayunas en lo de los diez. ¿Seré más afortunado otra vez? Escribame pronto y déme detalles.

A. Basulí. — Barcelona. — De «El Torbellino» Charles Hutchison; de «La novia n.º 13» John O'Brien.

Maria Beltrán. — Ciudad. — Ya ve que una de ellas ha aparecido ya. La otra no tardaremos mucho en publicarla.

Ernesto Valera. — Quesada (Jaén). — El importe de un tomo encuadernado de «TRAS LA PANTALLA» es de 12'50 ptas. que puede mandar por giro postal más 40 céntimos por el certificado.



TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA
(POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en
Madrid: Petril de los Consejos, 3, bajo, al precio de

35 céntimos:

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.
— N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. —
N.º 5 Charles Kay. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White,
2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max
Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 Maria Wal-
camp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. —
N.º 17 Roscoe Arbuckle (Patty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S.
Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy
Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadernada de este primer volumen: 12'50 pts.

- N.º 32 Antonio Moreno
- 33 Huguette Duflos
- 34 Leon Mathot
- 35 Henny Porten
- 36 Tom Mix
- 37 Carol Holloway
- 38 Tullio Carminati
- 39 Geraldine Farrar
- 40 Frank Mayo
- 41 Maria Jacobini
- 42 Harry Carey
- 43 Ruth Roland
- 44 Monroe Salisbury
- 45 Grace Cunard
- 46 Jack Pickford

- N.º 47 Alla Nazimova
- 48 Ossi Oswalda
- 49 «Maciste»
- 50 Priscilla Dean
- 51 Jack Dempsey
- 52 Mary Miles Minter
- 53 Georges Carpentier
- 54 Alice Brady
- 55 F. Ford (Conde Hugo)
- 56 Klara Kimball Young
- 57 Constance Talmadge
- 58 Will Rogers
- 59 Edith Johnson
- 60 Mae Murray

Los encargos de fuera de la localidad se servirán, previo el envío de su importe por
Giro Postal o sellos de correo con un aumento de 5 cént. Certificados, 40 cént.